II Época — La Plata, diciembre de 1929 — Núm. 200

Correspondencia a:
DOMINGO DE AGOSTINO
CALLE 51 Nº 837

IDEAS

El culto a las ideas, no a las personas.
Alberdi

La rebeldía consecuente

Desde que nos damos cuenta que la vida social tanto como individual se halla oprimida, deformada por instituciones y costumbres absurdas, ridículas, injustas; desde que tenemos conciencia de las mil infamias y mentiras a que se nos obliga a someternos en nombre del orden social y otras ficciones "sagradas", todo lo cual provoca en nuestro espíritu una honda repulsión, desde que en fin, nuestro sentido de justicia es herido por la realidad ambiente, somos impulsados a rebelarnos, a protestar contra el mal, a luchar fervorosamente contra un estado de cosas tan degradante.

Desde ese momento somos rebeldes, subversivos. Qué hombre joven no cretinizado ha dejado de vivir ese magnífico instante de plenitud en que el individuo se permite ser él mismo, juzgar al mundo a través de su conciencia y tener la audacia de querer transformarlo? Pero no se trata solo de vivir ese momento especial como estado de ánimo pasajero. Es cuestión de renovarlo continuamente, de acumularlo a la existencia como algo inseparable de nuestra personalidad. Es cuestión de hacerse impermeable a la miseria moral imperante, a la abyección general.

He aquí pues, que somos "rebeldes en estado permanente". Denunciamos y combatimos el vil despojo del privilegio capitalista, la brutalidad autoritaria de los gobiernos, la mentira liberticida de los dogmas religiosos, patrióticos, económicos: en suma cuanto constituye los pilares de la injusta sociedad que sufrimos.

Y aquí surge la cuestión más grave. Como combatir con cierta eficacia el inícuo sistema? Basta acaso la simple posición rebelde, de oposición y repudio, aunque sea radical y permanente? Nuestra conciencia reacciona de modo inequívoco ante el mal reinante; pero cómo hacer para que dicha reacción tenga influencia positiva en el sentido de una modificación justiciera y libertaria en las relaciones humanas?.

La simple actitud rebelde es generalmente espontánea, casi instintiva. La justificación ideológica que la valoriza viene después. No sucede lo mismo cuando se plantea el problema de la acción superadora, de una realización efectiva superada. Aqui no siempre es auxiliar eficaz la espontaneidad, el primer impulso. Más adecuado es recurrir al estudio de los fenómenos sociales, a la serena observación de los factores en pugna, a la experimentación paciente y tenaz de los diversos procedimientos que la razón y las circunstancias nos indiquen.

Por ceder sin más al primer impulso reducimos los más arduos problemas a términos simplistas. Creemos así que el edificio de la iniquidad social descansa solamente sobre ese aparato de violencia represiva que por doquier nos encierra y nos golpea. Solo vemos los obstáculos más ostensibles, la manifestación exterior del mal que nos hiere directamente. Imaginamos que basta destruir la fuerza bruta al servicio del gobierno y capitalistas, para que la sociedad armónica y libre sea un hecho definitivo.

Un examen más atento de los hechos, la consideración de una breve experiencia histórica, nos indica que el problema no es tan simple, que es preciso cavar más hondo y abocarse a una acción más concentrada.

Las instituciones actuales son defendidas ciertamente, por la violencia y su eliminación ha de producir más de un entrevero cruento. Pero por otro lado es evidente que ellas son consecuencia de la mentalidad general, que el término medio de los hombres son creyentes o admiradores de la violencia, propensos a mandar como déspotas o a obedecer como esclavos. No se sufren impunemente tantos siglos de odio e iniquidades.

El lastre del atavismo pesa sobre todos, incluso sobre los más fervientes rebeldes y si no media un gran esfuerzo de extirpación de las tendencias atávicas, si no hay una transformación interna, en el sentido de la dignidad y el respeto a los hombres, si no cambia la mentalidad general ninguna conquista efectiva se logra ningún resultado positivo produce la rebeldía.

Y un cambio como el que se requiere no tiene lugar al conjuro de frases sonoras ni se efectua de un día para otro. Es producto de infinidad de esfuerzos, de tentativas, y de experimentos. Los rebeldes, los subversivos han de influir necesariamente en este complejo proceso, pero su intervención será tanto mas eficaz cuanto mas hayan logrado transformarse ellos mismos elevándose por sobre el mísero ambiente y capacitándose para encarar practicamente los múltiples problemas de la convivencia humana, hoy tan malamente tratados por los poderes estatuidos.

Un gordo que no es tanto

La lotería de Navidad ha sido una vez más sorteada en España; los 1.000.000 de vigésimos puestos en circulación fueron "devorados" por los habitantes de la península, los cuales, privándose de las cosas más elementales, entregaron al Estado 130.000.000 de pesetas.

El Estado, agradecido de la imbecilidad de sus súbditos repartió 9844 premios con un total de 89.908.000 de pesetas que los gobernantes retuvieron en sus arcas "para evitar que el pobrecito pueblo malgastara su dinero".

Como se vé, el verdadero gordo no fue de 15.000.000 que se repartió entre un grupito de personas sino el 30 % de ganancia con que el tesoro español festejó Navidad.

¿Se han preguntado alguna vez los jugadores de loterías y quinielas cual es la verdadera ganancia y la verdadera pérdida? ¿Han estudiado los carreristas, los balances y las enormes utilidades que su ignorancia brinda al Jockey Club? ¿Se darán cuenta algún día que todo eso no constituye más que un formidable impuesto, un robo legal, con el que se levanta el monumento a la imbecilidad humana?

FRAGMENTO

«¡Qué detestable costumbre la de dar limosna! ¡Piedad bárbara! ¡Antiguo error del burgués, que al ofrecer una moneda cree realizar una obra caritativa, y se considera en paz con todos sus hermanos por la acción más miserable, más torpe, más necia y más ridícula de cuantas pueden realizarse cuando se busca un reparto equitativo de la riqueza. La costumbre de dar limosna contradice la beneficencia y es un horror para la caridad»

A. France

POR ERROR de compaginación, el artículo inconcluso de página dos termina en la séptima.

Max Nettlau: «Eliseo Reclus. La vida de un sabio justo y rebelde»

¿Quién describirá la vida de ese hombre justo y rebelde, que lo es Max Nettlau? A su pluma, temblequeando ya por los achaques de la vejez, debemos las más precisas páginas sobre vidas heróicas de libertarios. Tesonero, pobre a pesar de sabio, reune papeles, enlaza recuerdos, investiga, trabaja y nos ofrenda ayer sus tomos sobre la Internacional, sobre Malatesta, las obras completas de Bakunin, hoy la vida de Eliseo Reclus. ¡Noble ancianidad en la cual los jovenes no sólo recogemos el ejemplo de laboriosidad sinó la sabia lección de ideas! Porque en eso reside el gran valor de Nettlau; no es un simple contemplador de hechos, un mero narrador de sucesos; ha visto los hombres, ha conocido las ideas y ha ahondado en ellos y en ellas. Oigámosle en su prólogo:

«Es, pues, evidente que también en el vasto campo de las luchas políticas y sociales del porvenir contra el pasado, hay variedad, diversidad, grados diferentes de desarrollo en todo —en el ideal, más próximo o más lejano; en los métodos, en los medios, en la intensidad del ritmo de la marcha hacia adelante, etc. — Si la ciencia más precisa se halla siempre dispuesta a revisar sus conclusiones en virtud de nuevos descubrimientos o investigaciones más profundas que vienen a aclarar un conjunto de hechos aun mal comprendidos, con mayor motivo deben hacerlo las ciencias políticas y sociales, donde existen todavía menos hechos definitivamente adquiridos, donde los medios de observación y experimentación se hallan menos desarrollados y son más difíciles de aplicar, donde intereses y pasiones son puestos en juego por fuerzas antagónicas que tiran en direcciones diversas, donde en suma, las condiciones de estudio y acción independientes son las que menos abundan.

. . . .

«El socialismo anárquico se guarda bien de mirar sus fuerzas vivientes buscando una fusión semejante. Ha producido toda una serie de concepciones a cual más notables, como Proudhon y Bakunin, Reclus y Kropotkin, Malatesta y Ricardo Mella, Voltairine de Cleyre y Gustav Landauer, Max Stirner y Tolstoi y otros más. Si algunas de ellas son mucho para el público libertario y otras menos, eso, según mi convicción, no significa de ninguna manenera que sean anticuados o que hayan sido refutadas y merezcan solamente el olvido o a lo sumo el respeto que se guarda a los difuntos. Aunque se hallan influenciadas por la situación particular de su época, sus partes de actualidad no comportan mas que una enseñanza pasajera, si bien con frecuencia instructiva; pero sus partes principales, sean sus autores antiguos o recientes, no han sido todas aun verificadas por la experiencia que continúa siéndonos inaccesible.

Sería, pues, imprudente dejarse guiar por las predilecciones del momento y relegar al margen de nuestra esfera de atención y de estudio todo lo que, en la hora presente, nos parece sin actualidad inmediata. No somos lo bastante ricos para eso, y es completamente erróneo pensar que de los antiguos anarquistas los unos refutaron y superaron a los otros, de manera que sólo vale la pena conocer al que ha llegado últimamente por que todos los demás son vieja chatarra».

Hemos ojeado el primer tomo, traducción ampliada del alemán a cargo de V. Orobón Fernández, edición de «La Protesta» y esperamos el segundo en la seguridad de que horas amenas de lectura y enseñanza nos deparará esta obra cuya aparición noticiamos con estas líneas.

Disquisiciones anárquicas

* * *

El «Enemigo»

Estudiando el desarrollo de las luchas que por la abolición del privilegio, por la igualdad política y moral, aparecen a través de los tiempos, en grande y pequeña escala, en toda la histórica evolución de la humanidad, se observará que las energías se han enfocado siempre, en lógica reacción, sobre todo aquello que aparecía como directamente antagónico.

Así, en el pre-cristianismo y en los primeros siglos de nuestra era, se peleó contra el enemigo directo, Roma, que había convertido en su presa a todo el mundo antiguo. Recuérdense las grandes sublevaciones de esclavos, en el Asia y en la Galia, la de Euricón en Cicilia, la de Espartaco en Italia.

Luego, en el medio evo se va sucesivamente luchando contra el noble, contra el fraile, para llegar con la revolución francesa al burgués, al estado, al capitalismo.

Se luchó contra todos las objetivaciones del mal social no pudiéndose atacar, dado lo exíguo de los medios económicos y mentales, el corazón del problema.

Hoy, los revolucionarios saben a que atenerse. La equilibrada vivisección del cuerpo "sociedad" ya sea practicado en la multiplicidad de sus formas, esto es: estudios de la idiosincracia colectiva, o dentro de los límites de sus unidades componentes, vale decir, individualmente, ha logrado determinar al "enemigo". Se aprendió que Roma, la nobleza medioeval, el clero, la burguesía, solo son transitorias representaciones suyas. Que, en verdad, el "enemigo" es un ente sin forma definida, sin equivalencia personal, una fuerza puramente abstracta, verdadero cristal polifacético, que tergiversa, que desearía ir hacia horizontes torpes y vulgares, el espíritu vírgen, facilmente plasmable de la mayoría de los hombres.

Llega el hombre a la vida, y es envuelto, enceguecido y arrastrado por una colosal herencia atávica, herencia de hábitos genuflexivos, de costumbres imperantes, de sumisión a lo ultra-terreno, de auto renuncia, y se adapta al medio ambiente completamente absorvido, incapaz de reaccionar contra él.

El proceso es lento, refinado: el medio ambiente se apodera del ser jóven, lo atiborra en sus escuelas de sandeces y de calendarios inútiles, luego lo lleva al cuartel para enseñarle, con la sugestión de los vejámenes y de las blasfemias, la fuerza de su poderío, le obliga llevándoselo a las urnas electorales a elejir amo, un amo que le ha de dar hombres para que lo juzguen, hombres para que lo detengan, cárceles para "corregirlo" en cuanto intente sacudir tutelas impuestas.

Por eso, es legítima labor anarquista la de rescatar a los hombres del adaptamiento, haciéndoles cultivar y realizar sus personalidades y por eso también el medio establecido defiende su perpetuación encerrándolos, amordazándolos.

Es que el "enemigo" se defiende desesperadamente, despojado de careta, perfectamente delineado por la agudización mental de algunos hombres, ha multiplicado y acentuado las discordias sociales y precipitando a sus adeptos contra los nuevos, provocando carnicerias horribles, trata por todos los medios de aplastarlos.

Al «Burgués»

He aquí, burgués, que también te queremos salvar. Eres una de las tantas manifestaciones del mal social y como nosotros no somos exclusivistas, como no nos concretamas a encerrarnos dentro de los límites de un solo grupo social, queremos también hacerte partícipe de nuestro magnífico programa de cordialidad. Graso error el de crear que el advenimiento de nuestro sistema político, acarrea-

El desprecio al trabajador

Así como teóricamente todos los ciudadanos son iguales "ante la ley", todos libres en el sistema democrático, así también es el trabajo, en teoría, un símbolo de dignidad en la sociedad burguesa y el trabajador una persona respetada, acreedora a la consideración social.

En realidad, constatamos fácilmente que ésto es una miserable ficción, una de las tantas hipocresías que sustentan el orden actual como son aquellos de la igualdad y la libertad que se truecan indefectiblemente en privilegio y autoridad al pasar por el barníz legal establecido.

El trabajador, factor indispensable de toda sociedad, es de hecho relegado hoy a la última condición, no solo como categoría económica, sino también como miembro de la colectividad, en cuanto al respeto a su persona, al aliciente social, a la recompensa moral de sus funciones. Todo individuo, salvo raras excepciones, necesita cierta atmósfera de emulación y respeto colectivo que lo eleve en su propia opinión y lo aliente a perseverar en su actividad social. De lo contrario se sentirá deprimido, falto de impulso. Aun el artista de genio requiere en cierto grado dicho estímulo, y en la generalidad de los hombres pesa más que el del solo bienestar material.

Actualmente la moral dominante, moral burguesa, estimula, rodea de consideración, a una sola especie de hombres, a los que han sabido acumular riqueza o poder, que en realidad se corresponden. Su sola ostentación, aunque no pase de apariencia, es ya un signo de respetabilidad. Y como el poseedor de riquezas es generalmente un ocioso o un improductivo, resulta que el ocio, la improductibilidad, el derroche fantástico, son las verdaderas virtudes honradas, por la opinión común, pese a las prédicas de un moralismo hipócrita que nadie toma en serio.

En cambio el hombre que se dedica a un trabajo especialmente manual, al verdadero creador de aquella riqueza, se le mira con menosprecio. Se considera su valor personal a su proporción de remuneración económica y como ésta es insignificante junto a la que percibe el especulador o el rentista, el obrero, como individuo y como clase es tenido en muy poca cosa dentro del concepto burgués de los valores humanos.

A tal punto influye ese criterio de la opinión estúpida, resabio de la antigua adoración de los poderes, de los bandoleros triunfantes, que muchos trabajadores mismos sienten una especie de verguenza por su condición. No es solo la estrechez económica lo que les hiere; es sobre todo el desprecio social lo que no pueden soportar y que les comunica una deprimente sensación de inferioridad. Incapaces de desafiar la opinión burguesa, tratan de evadirse de su estado, ser lacayos de la burguesía, míseros burócratas de sueldo exíguo; cualquier cosa con tal de poder "lucir" la apariencia del parásito, del honorable ocioso, con tal de salvarse del estigma de las manos callosas y la blusa sucia.

Si se piensa que el trabajo no es solo una necesidad de subsistencia, sino también un factor de salud moral y equilibrio psicológico, por lo tanto una función primordial, se comprenderá hasta que punto llega la aberración de una sociedad que lo rebaja hasta constituir moralmente una verguenza y físicamente un sufrimiento. De esta perversión monstruosa se generan todas las llagas y miserias que hoy afligen al organismo social.

Para regenerar la sociedad es necesario en primer término elevar la dignidad del trabajo. Y eso no se hará con prédicas piadosas, sino transformando de tal modo las condiciones de producción, que los productores desarrollen libremente su actividad, sin amos que los vigilen, sin reglamentos humillantes, sin la plaga del parasitismo que extrae lo mejor del producto y especula sobre la miseria de los trabajadores.

JAK

Una vida

Encuentro este pasaje, prodigio de sencillez, de sutileza y de verdad, en uno de los trabajos de Anatole France: "La Azucena Roja". Un indiscutible profundo conocimiento de la naturaleza humana, empapa el pequeño discurso, que el viejo maestro hace pronunciar a uno de sus personajes predilectos. Pablo Vence, quien habiendo manifestado, en una reunión haber escrito un libro, responde a una dama, que le solicita narre el asunto de la novela.

«—Pues bien, helo aquí: Es un estudio de costumbres populares: la historia de un joven obrero sobrio y casto, hermoso como una mujer, con un alma de virgen: un alma hermética. Es cincelador y trabaja primorosamente. De noche, cerca de su madre, a la que adora, estudia. Los libros le atraen. En su inteligencia sencilla las ideas se incrustan como las balas en una pared de yeso. No tiene las necesidades, los entusiasmos ni los vicios que nos arraigan a la vida. Es solitario y puro. Siente la soberbia de sus virtudes profundas. Vive entre míseros ignorantes. Ve sufrimientos en torno suyo. Siente abnegación sin ser piadoso; desconoce la caridad fria que llamamos altruismo. No es humano porque no es sensual.

—¿Hay que ser sensual para ser humano?

—Ciertamente, señora. La piedad está en las entrañas, como la ternura a flor de piel. Mi héroe no es bastante inteligente para dudar. Es crédulo. Cree lo que ha leído, y ha leído que para establecer la dicha universal bastaría destruir la social. La sed del martirio le devora. Una mañana, después de besar a su madre, sale y va en busca del diputado socialista de su distrito; le ve acercarse, le aguarda, le acogota y le hunde un buril en el vientre, al tiempo que vocifera: «Viva la Anarquía» Le detienen, le miden, le retratan, le interrogan, le juzgan, le condenan a muerte y le guillotinan. He aquí mi novela.»

He aquí, sabiamente estractada, la vida dolorosa y trágica de muchos revolucionarios.

He aquí, claramente desenvuelta la evolución psicológica que experimentaron muchos de los "números" que pueblan las cárceles y los manicomios.

Tiene razón el maestro, hay allí tema para escribir la más humana de las novelas. Más que novela sería un relato; una historia como muy bien dice. La historia de una vida que se repite con harta frecuencia.

Yo me imagino la situación angustiosa, el desesperar de la impotencia por la que deben pasar todos aquellos seres que sienten el mal social, el imperio de la injusticia entre los hombres. Una idea fija, intangible, se les debe de clavar en el cerebro: la necesidad de trabajar contra el mal, contra la injusticia. Su sensibilidad exhausta, quiebra el límite de la normalidad y estalla.

Una desorientación completa, un desconocimiento absoluto del camino a seguir les arrastra a exteriorizar su protesta por el método más asequible, más a mano, la violencia.

DUKAS

Yo condeno al cristianismo; hago contra la Iglesia cristiana la más terrible de las acusaciones que jamás acusador haya pronunciado. Es para mí la mayor corrupción que se pueda imaginar. La iglesia cristiana no economizó su cortupción por parte alguna; ha hecho de todo valor un no-valor, de cada verdad una mentira, de cada integridad una bajeza de alma. ¡Que osen aun hablarme de sus «humanitarios» beneficios!

Suprimir una miseria era contrario a su más profundo utilitarismo; vivió de miserias, creó miserias para eternizarse . . . El gusano del pecado, por ejemplo: una miseria con la cual únicamente la Iglesia enriqueció a la humanidad.

F. Nietzche

La idea dominante — por Voltairine de Cleyre

(FRAGMENTO)

Si miramos en torno nuestro para descubrir que idea domina nuestra civilización contemporánea, no se si encontraremos algo más atrayente que la criatura de piedra que simboliza el alma mediocre: esa escultura que puebla las catedrales, contorsionada, semi-informe, de las de dragón, de larga faz sombría, tendida con los ojos ciegos dirigidos hacia el vacío.

La relatividad de las cosas se ha modificado: El Hombre ha sido elevado a costa de Dios. La ciudad moderna posée viviendas más confortables e iglesias menos pretensiosas. La concepción de la suciedad y de la enfermedad como aflicciones deseables cuyo sufrimiento paciente es un medio de ganar la gracia divina, ha dejado lugar a la promulgación enfática de la libertad.

Se enseña que los parásitos constituyen una enfermedad contagiosa y desagradable. Tenemos sociedades antituberculosas que intentan el esfuerzo hercúleo de purificar del mortal bacilo esas caballerizas de Augias que son las fábricas modernas y que consiguiera hasta colocar en algunas de ellas salivaderas llenas de agua.

Contamos con otras sociedades parecidas y si bien su éxito no es siempre deslumbrante, su existencia es una prueba suficiente de que la humanidad no busca ya en la suciedad un medio de gracia.

Nos reímos de esas viejas supersticiones y hablamos mucho de ciencia experimental. Tratamos de galvanizar el cadaver griego y pretendemos conocer la cultura física. Copiamos las cosas en muchos aspectos, pero la gran idea de nuestro siglo, la idea original, no tomada de otros es la de hacer muchas cosas.

No de hacer cosas bellas, no de sentir el goce de emplear la energía vital en una obra creadora, sino forzar, malgastar, agotar sin tregua hasta la última gota de energía, unicamente para producir montones de cosas. Cosas feas, perjudiciales o por lo menos enteramente inútiles.

Con qué objeto? Generalmente el mismo productor lo ignora; más aún, no se preocupa por saberlo. Es simplemente poseído, impulsado por la idea fija de que debe producir. Cada vez se produce más y con más velocidad. Hay montañas de cosas heehas y en vías de hacerse y no obstante andan hombres devanándose los sesos para engrosar la lista de cosas creadas, para agrandar los depósitos de productos fabricados. A qué precio y agonía corporal, de que aprensiones de peligro, mutilaciones, de que horrores continuarán su ruta para ir finalmente a estrellarse contra las rocas de la riqueza?

En verdad, la visión del alma medioeval es penosa en su esfuerzo doloroso y su mirada vacía, grotesca en sus torturas ridículas, la del alma moderna es aún más espantosa con su mirar nervioso e inquieto escrutando sin cesar los rincones de la tierra y sus manos, igualmente temblorosas e inquietas, apresuradas en la ejecución de una tarea inútil.

La presencia de objetos en abundancia, de objetos insignificantes y vulgares, de cosas absurdas, ha suscitado el deseo de su posesión, la exaltación de la posesión de las cosas. Recorred las calles mercantiles de cualquier ciudad, las calles bordeadas de escaparates, donde las ostentan, protegidas las cosas vislumbrantes; examinad los rostros de los paseantes, — no hablo de los hambrientos que franquean las aceras pidiendo humildemente una limosna — y observad qué idea revelan sus fisonomías?

Sobre cada uno, desde la dama que va a hacer sus compras en auto de lujo, hasta la obrera que a la salida del taller recorre las tiendas en busca de "ocasión", encontraréis reflejada una vanidad repulsiva consciente de la simulación de atavío, semejante al grajo adornado de pavo real.

Buscad el orgullo de un cuerpo bello, libre, vigoroso moviéndose sin artificios y no lo encontraréis, veréis marchas afectadas, cuerpos estrechados para hacer destacar la silueta, sonrisas esteriotipadas, miradas solicitando la admiración por la extravagancia del tocado.

Y sobre rostros masculinos?: la grosería. Deseos groseros por cosas groseras. La horrible ansiedad, la inquietud inusitada que engendra la creación de todo eso. Son menos repugnantes que la abominable expresión de codicia por las cosas creadas.

He ahí la idea dominante del mundo occidental en nuestra época. Se halla en todas partes grabada sobre las cosas y los hombres.

Pero la idea dominante de un siglo o de un país no ha de ser por ello, la idea dominante de una vida individual.

Yo no tengo duda alguna que en los siglos de antaño, allá sobre las orillas del Nilo, a la sombra de las pirámides, bajo el peso aplastante de la estupidez de los demás, existieron seres que obraron, inquirieron, odiando lo que implicaba la antigua sociedad y llenos de ardor tentaron a transformarla.

Estoy segura que en medio de todo aquello que creara la ágil inteligencia griega, muchos se alejaban con la vista concentrada, despreciando lo que les rodeaba, buscando un sentido de la vida más elevado, tanteando de aproximar alguna perfección lejana, desconocida, ignorada por sus contemporáneos.

Estoy segura que en los siglos de oscurantismo, cuando la gran mayoría de los hombres oraban inclinada la frente se flagelaba y martirizaba exaltando al dolor como Santa Teresa, había algunos pocos que consideraban todo aquello absurdo y trabajaban para arrancar los enigmas al universo, gracias a lo cual nació la ciencia moderna.

Y hoy, aunque la sociedad que nos rodea esté dominada por la adoración de las cosas, no hay ninguna razón para que un individuo consciente se someta a ella.

Si lo único que merece la pena, para mi vecino, para todos mis vecinos, es la persecución de dinero, no quiere decir que yo también deba dedicarme a lo mismo.

Si mis vecinos imaginan tener necesidad de un montón enorme de tapices, muebles, relojes, porcelanas, espejos, vestidos y alhajas; si requieren sirvientes para cuidarlos, pesquisantes para vigilar a esos sirvientes, jueces para juzgar a los ladrones, políticos para nombrar a los jueces, cárceles para encerrar a los condenados, guardianes para cuidar las cárceles, receptores de impuestos para pagarles a todos y cajas fuertes para guardar lo recolectado para que solo lo saque quien tenga la llave, si necesitan todo ésto y por lo tanto aceptan sostener un ejército de parásitos para cuya manutención deban sacrificarse, si mis vecinos desean todo ésto, ¿es una razón para que yo me entregue a ésta locura y me incline servilmenre ante esa absurda farsa?

"No más tiranos ni tiranías; argentina o extrangera, toda tiranía es infernal y sacrílega.

Si el argentino es tirano y tiene ideas retardatarias, muera el argentino.

Si el extrangero es liberal y tiene ideas progresistas viva el extrangero.

El culto a las ideas, no a las personas.

El trono a las virtudes, no a los hombres."

Juan B. ALBERDI.

Malatesta 1884

Como me convertí en socialista

E. MALATESTA

Hace ya más de quince años, yo que escribo esto, era un jovencito que estudiaba retórica e historia romana, griego, latín y filosofía.

Malgrado la buena voluntad de mis maestros, la escuela no consiguió sofocar la naturaleza, y conservé en medio del ambiente cretinizante y corruptor del colegio moderno, sana la mente y virgen el corazón.

De naturaleza afectuosa y ardiente, soñaba con un mundo ideal, en el que todos se amasen y fueran felices; cuando la fantasía cansada me abandonaba a la realidad, yo miraba a mi alrededor y veía aquí, a uno que temblando de frio y hambre pedía humildemente un pedazo de pan de limosna; allí chicos que lloraban y hombres que blasfemaban; y el corazón se me helaba de horror. Después observaba con más atención y me daba cuenta que una enorme injusticia, un sistema absurdo pesa sobre la humanidad condenándola al dolor; el trabajo degradado conceptuado deshonroso, el trabajador muere de hambre para alimentar las orgías de su ocioso patrón; entonces el corazón se me hinchaba de ira, pensaba en Espartaco y sentía en mi el ánimo de un tribuno, las energías de un rebelde.

Y como sentía decir con frecuencia que la república era la negación de todo lo que veía, de que en la república todos eran iguales; en cualquier parte, en cualquier época que llegase el eco de una rebelión de esclavos o de miserables aparecía siempre aquella palabra; república. Y como en la escuela se nos dejaba ignorar el mundo moderno para cretinizarnos con una historia de Roma antigua incompleta y falsa, y como nosotros no habríamos sabido encontrar un modo de vida social fuera de las fórmulas romanas, me proclamé republicano y me parecía encarnar así, todos los deseos, todos los rencores que me hervían en el corazón.

Yo no sabía como sería esta república, pero creía saberlo y eso me bastaba, para mi era el reino de la igualdad, del amor, de la felicidad; era el sueño amoroso de mi fantasía traducido en realidad.

Oh!, cuántas palpitaciones agitaba mi joven pecho! Imaginábame nuevo Bruto, undiendo el acero en el pecho de un César moderno; soñaba estar a la cabeza de una multitud de insurgentes o sobre una barricada insultando a los satélites del tirano, me sentía sobre una tribuna gritando contra los enemigos del pueblo. Medía mi altura, y me palpaba los labios para sentir si ya me despuntaba el bigote. Oh! con cuánta ansia esperaba ser más grande, salir del colegio para consagrarme todo entero a la causa republicana.

Y por fin el día tan deseado llegó y entré en el mundo lleno de generosos propósitos, lleno de esperanzas y de ilusiones. Había soñado tanto con la república, que no pude hacer menos que arrojarme donde quiera hubiera una tentativa o una aspiración republicana, y como republicano vi por primera vez las cárceles regias . . .

Pero después empezé a reflexionar. Estudié la historia que hasta entonces había aprendido en manuales estúpidos y mentirosos, y vi que la república había sido siempre un gobierno como los otros o peor que los otros, y que en la república como en la monarquía existe la miseria, la injusticia y se ametralla al pueblo cuando intenta sacudir el yugo. Miré los países contemporáneos, y vi que en aquellos en que impera la república no están mejor que en aquellos donde impera la monarquía. En América el régimen es republicano y, con tanta extensión de tierra inculta, con tanta super producción, hay gente que se muere de hambre; existe la república y malgrado la libertad e igualdad establecidas en la constitución, el que es pobre no tiene dignidad de hombre y los cosacos dispersan a golpes de sable a los obreros que piden pan y trabajo; está la república y se reduce a la desesperación y se caza como a fieras a las poblaciones indígenas. En América como en Roma o en Grecia está visto que la república es compatible con la esclavitud. Existe la república en Stiza y hay también miseria, dominan los curas protestantes o católicos, no se puede entrar sin un permiso especial, y los libres obreros suizos mercantilizan el voto por un vaso de cerveza.

Existe también la república en Francia (entonces había surgido hacía poco) e inició su vida masacrando cincuenta mil parisienses, y continúa enfeudándose a los curas y mandando sus soldados donde quiera que los trabajadores levanten la cabeza, para someterlos a sus patrones, hacerles soportar, reducidos por la fuerza, la miseria.

Entonces me dije: la república no es aquello con lo que yo había soñado; entonces es otra la vaga aspiración de colegial, otra, bien otra, es la realidad. Mis compañeros más viejos, aquellos a quien yo consideraba mis maestros, decían que las repúblicas existentes no eran las verdaderas y que en Italia la república aportaría justicia, libertad, bienestar, igualdad; pero yo sabía que las mismas cosas se decían en Francia antes que la república triunfase; sabía también qué cosas similares dicen y prometen todos los partidos que tienen necesidad del apoyo popular para subir al poder.

La naturaleza de una sociedad no puede depender, pensé, de los nombres o de las fórmulas accesorias, pero sí, en cambio, del concurso de un miembro de la sociedad con los otros, o con el cuerpo social entero.

La realización de un cambio en la organización social puede ser determinado solamente por los deseos y las intenciones del partido que lo preconiza, ya que un partido que acepta y crea ciertas posiciones asume las consecuencias o se pierde en conatos de rebelión que lo hacen estéril hasta cuando ese partido no se resuelva a salir de la posición en que está colocado.

Me puse por lo tanto a examinar la esencia de la sociedad moderna, la naturaleza de los aportes sociales, el origen de los poderes públicos, el funcionamiento de los factores políticos y económicos y todo me llevó a la conclusión de que entre la monarquía y la república no hay diferencia esencial; entonces no me asombraba ya de que las republicas se asemejasen tanto a las monarquías.

La primera necesidad del hombre, la condición necesaria de su existencia es nutrirse, es natural entonces que el caracter de una sociedad sea determinado sobre todo del modo como el hombre extrae los medios de subsistencia, del modo como produce y distribuye la riqueza; los factores económicos determinan toda la vida social.

En el sistema monárquico todos los medios de producción están en poder de pocos individuos, y la masa, que no tiene otra cosa que la fuerza del trabajo, debe recurrir para trabajar a quien posee esos medios, y someterse a las condiciones que le impongan. La distribución está basada en la necesidad recíproca pero no igual que los obreros y patrones tienen los unos de los otros y de la competencia que los hambrientos se hacen entre ellos. Además los patrones tienen la ventaja de la posición hecha, mientras el trabajador tiene necesidad de trabajar todos los días para mantenerse, y como siempre hay una cantidad de obreros desocupados, la necesidad colectiva reduce el salario del que trabaja, no alcanzando a cubrir las necesidades de la vida vegetativa. Así al fin de cuentas nos encontramos con una pequeña clase dominante,corrompida y corruptiva de una parte, y de la otra una gran masa miserable y embrute-

cida.

¿Sucedería otra cosa en una república? No, ciertamente, porque la república tiene adoptada como base de la organizacóin la propiedad individual, y no puede escapar a las consecuencias de este sistema de propiedad.

Pero, dicen los republicanos más avanzados: en la república manda el pueblo mediante el sufragio universal; hagamos la república y el pueblo modificará si lo cree necesario, el organismo de la propiedad. Mas el sufragio universal existe también en los regímenes monárquicos y el lo utiliza para sancionar su opresión ¿Será posible entonces, que por el hecho de expulsar al rey y cambiar un nombre por otro, el pueblo adquiera la conciencia y la capacidad que le faltan?. La república se hizo muchas veces y en diversos países, pero el sufragio universal no dió mejores resultados que en la monarquía; ¿cómo entonces podría ocurrir de otro modo esta vez? Qué importa que se reconozca un derecho al pueblo cuando este pueblo no tiene la capacidad de utilizarlo? Ya lo dije: los factores económicos lo dominan todo; un pueblo que muere de hambre será siempre estúpido y esclavo, y si vota, votará por sus patrones.

Entonces es necesario salir del cuadro de las ideas republicanas; y en vez de aceptar como punto de partida la actual posición económica, es necesario comenzar por transformarla completamente, aboliendo de hecho la propiedad individual.

Entonces tendremos todos asegurada la existencia, seremos iguales en riqueza y tal vez podremos comenzar a entendernos.

Todas estas cosas vi y pensé; sobrevino en mi lo que le sobreviene a todos los hombres de corazón que estudian sin preconceptos las leyes de la convivencia humana; comprendí que la república es una forma de gobierno buena solamente para sancionar y defender, como todos los gobiernos, los privilegios existentes — y me convertí en socialista.

De la «Cuestione Sociale», órgano comunista anarquista de Firenza Nº 3 del 5 de Enero de 1884.

—Este escrito de Malatesta que data como se ve de hace 45 años, no tenía originalmente el título que aquí le damos sino el siguiente: «La República de los jóvenes y la de los hombres con barba.» Era un artículo de propaganda y polémica con los republicanos. Pero ahora nos parece más apropiado el título con que lo hemos substituido.

No será malo que los lectores tengan en cuenta a propósito de la última frase «y me convertí en socialista» que el socialismo en Italia nació anarquista, con la Internacional y que, por el 1890, muchos anarquistas continuaron llamándose socialistas. Cuando Malatesta en 1872 entró en la Internacional, convertirse en socialista, por lo menos en Italia significaba lo mismo que decir anarquista.

Mosaicos

Perfeccionarse, ser mejores, es el fin, se dice. Pero perfeccionarse y ser mejores debe ser también, y sobre todo, el medio de alcanzar ese fin. La perfección no puede ser solamente la etapa final, el lejano horizonte, la utopía lejana que se columpia tras la dolorosa realidad de nuestros sueños.

El perfeccionamiento de todos y de cada uno, es, entonces, el medio y el fin; lo inmediato y lo ulterior; la ensoñación dorada y la dura realidad; lo que es del dominio exclusivo del pensamiento cuando la imaginación echa a volar, y lo que es propiedad o substancia de la acción, cuando a la vida hay que nutrirla de hechos. A la perfección no se llegará jamás por los caminos de la imperfección, como no puede llegarse a realizar la belleza con lo feo o lo repugnante.

Los fines son también los medios, como los medios son también los fines. A la conquista de la verdad se llega por la verdad misma, como el conocimiento se alcanza por la constante y acendrada pasión del saber. Solo a una religión nacida como una rebeldía a toda instigación pudo ocurrírsele la aberrante disposición de que la mayor ciencia (la de Dios) consistía en la más absoluta ignorancia.

Nosotros no podemos, en manera alguna, sostener ese cruel sofisma religioso. Desechamos de nuestra acción todo sedimento cristiano. Seamos lógicos. Tengamos, por lo menos, la sinceridad de confesar nuestras dudas respecto a nuestros propios finalismos, cada vez que necesitemos echar mano de un medio que niegue el fin. O, de lo contrario, vayamos al fondo mismo de la cuestión: la de que tal vez nunca, jamás, se extirpará del corazón humano, las malas simientes, sino aplicando medios, que, aunque doloroisísimos son necesarios. Y entraremos a este dominio o posesión de una verdad dolorosa: hay un bello reino, el de la vida, en pugna, con otro más cruel, el de la vida, la realidad.

✶

No nos es dable alcanzar a los hombres, toda la verdad, toda la razón, toda la belleza, de una cosa, idea o doctrina. Siempre los hombres seremos fragmentarios.

El pensamiento se rebela ante esta cruel incompetencia. Somos inclinados a ser totalistas. No queremos una parte de la cosa; la deseamos completa, total, única. Un poco de verdad no llena nuestra ambición de poseer la verdad. Nos parece demasiado poco. Una parte de razón tampoco la queremos. Todos los hombres, nos disputamos para cada uno, la posesión íntegra de la razón. Y afirmamos o negamos. O toda la razón o nada.

Y de allí la querella, la lucha, el desgarramiento, y cuando alguien, tímidamente, levanta una mano para no ser totalista, hay una sentencia implacable: neutro, que significa sin número, sin substancia, lastre inútil que navega entre todas las corrientes totalistas que se disputan la íntegra posesión de la Diosa Razón.

✶

Siempre hemos desconfiado de la experiencia. Los hombres experimentados suelen tener las mismas candideces e ingenuidades que los menos experimentados. A veces muchas más. Casi siempre la experiencia es malísima consejera. Casi nunca acierta

La historia no se repite. Son los hombres los que harán por repetirla si se esfuerzan en seguir las corrientes, los influjos, las apreciaciones anteriores. Y aun así aparece siempre lo nuevo, lo imprevisto, lo desconocido, que abre un rumbo nuevo, una nueva orientación, un camino distinto.

Atengámonos a ese sentido creador de la propia vida. A pesar de todo, de todas las leyes descubiertas, físicas, químicas, biológicas, se produce en todos los seres un cambio, una renovación que abre, cada día, una grieta más en la vida, por donde penetra, resplandeciente y fecundo, un nuevo y potente rayo de luz desconocida, descubriendo otros panoramas o realizando la creación de nuevas formas de existencia.

Mario Anderson PACHECO.

Fragmento

Ninguna lucha puede tener éxito si no es consciente, si no persigue un fin concreto y definido. No es posible destruir nada de lo existente si los hombres de antemano no han convenido entre sí durante la lucha, así como en el mismo período de destrucción, qué es lo que van a poner en lugar de aquello que haya sido destruido. Ni aun la misma crítica teórica de lo que existe es posible sin que cada uno se represente a sí mismo, más o menos exactamente, la imagen de lo que se desea sustituir a lo actual. Consciente o inconscientemente, el ideal, la idea de algo mejor, siempre perdura en el espíritu de los que critican las instituciones existentes.

Tal ocurre principalmente con los hombres de acción. Decir a las gentes: «Destruyamos primero el capitalismo y la autocracia, y después veremos lo que deba hacerse», no es más que engañarse a si mismo y engañar a los otros. Jamás ha sido creada una fuerza real por medio de la decepción.

Kropotkine

ría para los tuyos, la posición inversa en la sociedad a la que ahora ocupan, la humillación del trabajo coercitivo, la muerte quizá.

Descarriado por un espejismo te has lanzado a la conquista del vellocino de oro, olvidándote completamente de ti. Al nacer te encontrastes poseedor fortuito de un patrimonio de privilegio, de ventajas iniciales, exactamente como otros heredan desventajas físicas, virus, demencias, formas extravagantes. Y no sé cual de los males es peor; quizá el segundo condenando los cuerpos a la inercia los obliga a pensar, dada la inesquivable necesidad que experimentamos de ocuparnos en algo, y sean felices en el mundo de los pensamientos. El primero, sino tienes una visión de conjunto, sinó reaccionas contra el determinismo social, te precipitará, te arrastrará, en el constante voltear del engranaje "sociedad", despedazando tu cuerpo y tu espíritu.

Triturará tu espíritu dándole metas vulgares, condenándolo a la incultura, privándolo del estudio, del hermanamiento con ottos espíritus. Obsequiará a tu cuerpo con una panza. Vivirás una vida de autómata, realizarás actos pre-establecidos, pues en el sincrónico desarrollo de las finanzas no tienen cabida los movimientos nuevos, los derroteros originales.

Nosotros queremos evitar que esos géneros de vida se perpetúen en la sociedad, queremos que tu acercamiento a los hombres obedezca a una necesidad de reciprocidad fraternal, de necesario múltiple paralelismo, no a motivos de baja especulación de latrocinio legalizado.

DUKAS

— Sentido de lo social —

Se emplea con demasiada frecuencia el término social sin darle toda la comprensión que le corresponde, de manera que a veces resulta estar más próximo de lo particular y de lo individual que de lo esencialmente social, vale decir, de aquellos hechos que corresponden a todos los humanos en sus mutuas y generales relaciones.

Cierto que la sociedad no se nos representa como una unidad en la que hay una sola cara, un solo matiz, un único problema; somos muchos sobre la tierra y diversos, no en simples detalles sino en fundamentales diferencias de razas, de hábitos, de culturas. Y no ya según nuestro continente, nuestra nación, o nuestro pueblo, obramos, sino que de acuerdo con una modalidad de pequeño grupo o de cerrada individualidad, nos movemos en el planeta, cada cual con su modo propio, más o menos original, de comportarse, de sentir, de pensar. ¿Cómo haber multitud, infinitud de problemas, entonces? Seguro que los hay y que a cada uno corresponde una conducta característica.

Es válido en tal sentido el sistema de los bienes que caracteriza a la filosofía griega: el bien del jinete es amaestrar el caballo, el del guerrero vencer en la contienda, el del comerciante realizar con éxito sus operaciones, el del filósoso llegar a la sabiduría, el del artista realizar la belleza, el del juez hacer justicia, el del obrero producir obras, el del gobernante dirigir a su pueblo y así sucesivamente, dentro de un sistema de fines autónomos, en el cual cada ser o grupo social dirige su conducta de acuerdo con su profesión o ubicación social.

Así hoy como hace dos mil años, los hombres circunscriben su actividad a la esfera de sus bienes particulares o de grupo, de clase, de raza, etc. y el industrial es industrial, artista el artista, obrero el obrero, sabio el sabio. ¿Cómo hemos de actuar ante esta diversidad de bienes — llamémosle intereses — tras los cuales se agrupan y luchan los individuos? ¿Hemos de estudiarlos separadamente, estableciendo los defectos y las virtudes de cada uno, hasta lograr establecer el mejor y hacer una medida, un catecismo, al cual han de ajustarse todos los hombres? Siasí lo hacemos, resultará que en la mayoría de los humanos obran intereses no solo diversos sino contradictorios, tan opuestos como inconciliables: el artista trata de reducir el mundo a imágenes, a fantasías, mientras el hombre de ciencia pretende hacer de él toda una fórmula, una ley rigurosa; el industrial se afana por llenar su arca sin fondo mientras el obrero solo anhela llevar más medios de vida a su hogar; el consumidor clama por el mínimo de costo y el máximo de calidad, mientras el comerciante se satisface con todo lo contrario y el productor se desinteresa de lo uno y de lo otro; el gobernante se desvela por apretar los torniquetes de sumisión a los gobernados quienes a su vez no desean otra cosa que aflojar o suprimir los torniquetes; y etc. El ideólogo del liberalismo y de la democracia pretenden resolver los conflictos cada día más agudos, puliendo las aristas, limando las puntas, tratando de armonizar los intereses que por su propia naturaleza solo pueden subsistir a costa de la desaparición de sus contrarios.

¿Si desconocemos la posibilidad de esta armonización, cuál ha de ser nuestro proceder? ¿considerar algunos de los bienes parciales como el mejor y pretender aplicárselo a toda la humanidad? ¿sostener por ejemplo, que ser obrero o filósofo, es mayor bien que ser ladrón o guerrero; que ser consumidor es mejor que ser artista o comerciante, etc.? No, firmemente no; sería mutilar la vida que es sobre todo diversidad, meternos en un frasco de estrecho cuello y vistoso color creyendo que todo el cielo es el pedazo de azul que nuestra vista abarca desde la reducida abertura o que todas las cosas tienen el color del vidrio tras el cual estamos.

Por debajo y encima de todos los intereses parciales, de los bienes particulares, hay uno que los basamenta y los comprende a todos: es el interés del hombre, lo humano, que no se refiere ni al artista ni al sabio, al burgués o al obrero, al vividor o al gobernante o al carcelero, y que al mismo tiempo es para todos, de todos. Y una idea de humanidad, un sentido de lo social que no excluye a ninguna criatura, es la que traemos los anarquistas. Humano: no te preguntamos de qué vives, con qué sueñas, qué buscas; te llamamos al sentido de la palabra hombre, del hombre en impersonal, para que realices, tú solo, el hondo sentido vital, solo posible en libertad, que es el logro de nuestros fines individuales en la suprema armonía del amor, que es también libertad.

J. M. Lunazzi

Por encima de la sabiduría

Llegar a sabio no quiere decir cumbrear la justicia; potencialidad cerebral no siempre es sinónimo de envergadura moralmente justiciera.

Semidioses del Olimpo científico se tornan peligrosos para la libertad social, cuando en su vida de relación apuntalan instituciones odiosas o ejercen ellos mismos funciones tiránicas; entonces, la luz que irradia de sus cerebros no alumbra mas que un solo lado de la vida, el menos importante quizás, como el de la sabiduría, y deja a obscuras el importante y pavoroso problema de la libertad social.

Porque yendo a cuentas; ¿qué es lo importante en la vida: ser genio o ser hombre?; deshacerse en ordenadas y gélidas cerebraciones o fundirse en volcánicas y justicieras corazonadas?; ser inagotable pozo de ciencia o un cúmulo de libertarias rebeliones?; ser poderoso telescopio que apunta a los cielos en busca de un nuevo planeta o ser la acción revolucionaria que apunta al corazón

de la tiranía en procura de la libertad?. Para nosotros, los anarquistas, lo útil, lo necesario, lo imprescindible es siempre la libertad. El problema del dolor social, es el que nos preocupa hondamente y es el que anteponemos a la deslumbrante sabiduria de los cultivadores del intelecto. No se crea por esto que desdeñamos, nada de esto. Pero sí decimos, que el primer problema que se debe plantear todo ser humano es el de la justicia en la vida, el de la felicidad sobre la tierra. Y plantearlo es o debe ser tratar de solucionarlo, tomando parte del gran conglomerado humano que es la sociedad, en sus afanes, en sus amores y en sus odios.

La misión más importante que debe cumplir el hombre entonces, es la que dimana de su condición de ente social, y sus primeros pasos deben encaminarse hacia la lucha por la existencia, y huelga decir que es aquí, en esta lucha por la existencia, donde se compendian las nociones del bien y del mal y los diversos conceptos sobre la moral.

¿Como desentenderse pues de esta suprema razón de la vida? ¿Como relegar a segundo término la conquista del bien? ¿Por que arrodillarnos ante la sabiduria que no quiere suprimir dolores enarbolando la bandera de las reivindicaciones sociales?

Hora es que quiebren los falsos valores que han servido muchas veces para acallar las quejas de la ignara chusma; hora es de franquear las puertas de todos los templos del saber para caldear el interior de sus asientos helados de sabiduria.

Y tiempo es ya de que, quienes odien la tiranía y amen la libertad sean estos sublimes y alados artistas o graves y seudos científicos, retornen al verdadero camino del cual se han desviado y se confundan con la grande y sufriente marejada proletaria que asciende hacia una vida libre.

F. MARTINEZ

Paqueteros:

Desde este número se dejará de enviar el acostumbrado paquete a todo aquel que durante el año no nos haya acusado recibo por la correspondencia recibida.

Tambien desearíamos que los compañeros que simpaticen con esta publicación y quieran repartirla gratuitamente en la localidad en que residan nos escriban solicitándola.

Recibimos la noticia del atentado al presidente Irigoyen teniendo ya dispuesta esta publicación. Por esto dejamos el comentario para el próximo número.

Lo que no dijo Casaux Alsina

* * *

Hace pocos días, un miembro de la suprema corte, el Dr. Casaux Alsina, presentó ante ese tribunal un informe referente al estado en que funciona la cárcel de la calle 1.

Dicho documento, reproducido en la prensa de casi todo el pais, motivó los más variados comentarios; vamos tambien nosotros a expresar nuestra opinión documentados con informaciones extraidas directamente de la celular, sin perdernos en disgresiones intelectuales, ya que Casaux Alsina se limita a señalar las imperfecciones que presenta el desarrollo normal de la vida de los detenidos y del personal carcelario, imperfecciones derivadas del «estado deplorable en que funciona la cárcel»

Ante todo hay que tener en cuenta que un juez es la persona menos indicada para emitir juicios sobre una institución penal, dado que incurriria lógicamente en pecado de partidismo. La cárcel es para el juez un puntal económico, el mercado donde coloca sus productos, un recurso indispensable para la producción de sus finanzas; se le paga para que lleve, mejor dicho, para que haga llevar pupilos a ella.

Por eso hemos leido el informe con una cierta irónica desconfianza. Por eso lo ampliamos con estos comentarios harto breves Podria construirse sobre este asunto toda una enciclopedia del dolor, de la humilladión, de la maldad.

Después de una serie de baratas reflexiones de orden sentimental ,despues de desligar al director del establecimiento de toda falta imputable, el informante localiza sus observaciones en tres distintos resúmenes.

El primero merece la reproducción "1°, La capacidad de la cárcel, es para una población de ciento cincuenta presos, más o menos; sin embargo se encuentran alojados en ella doscientos treinta y nueve presos.

"Este hecho, no solo trae como consecuencia, una promiscuidad perjudicial para los aislados, ya que no es posible hacer separación de ellos, en cuanto a la naturaleza de los delitos los delincuentes primarios de los reincidentes, etc., sino bajo el punto de vista de su salud, ya que, y como lo he presenciado, se han tenido que habilitar vvater clossest para que duerman, y deben permanecer conjuntamente presos afectados por enfermedades específicas, en grado de avanzado desarrollo, con los otros».

En los II y III esboza fallas en la construcción y disposición del edificio sobresaliendo como detalle interesante la carencia de farmacia dentro del establecimiento. Los medicamentos se solicitan en la Intendencia de Suministros, la cual, al no funcionar los sabados a la tarde y los dias festivos, priva a los penados enfermos que requieran para ese entonces medicinas apropiadas, de adoptar el procedimiento curativo.

Si Casaux Alsina no fuera juez, si tuviera la suficiente pequeña inteligencia para interrogar a los presos, no a los carceleros, si su sueldo magnífico no le inhibiera de decir la verdad, hubiera podido añadir capítulos como este.

IV Los métodos correctivos de la penitenciaría pueden situarse en dos distintas categorias, aquellos que se practican individuo por individuo y los colectivos. Voy a aclarar con algunos ejemplos.

Meter a un hombre semi-desnudo, durante el invierno, en una exígua habitacion subterranea, tenerlo sin comer días enteros, baldear constantemente la pequeña celda para multiplicar el tormento de la temperatura con el de la humedad, destrozar sus pulmones pegándole brutalmente en las espaldas con un trozo de goma de las utilizadas en los coches para el rodaje, o sentarlo maniatado al borde de una silla con una cierta obligada contorción física, que produce al preso a los pocos minutos, un dolor horiblemente agudo que le lleva al desmayo, hacerlo reaccionar con una tregua, sentarlo de nuevo, y así sucesivamente... se denomina método individual.

Hacer irrupción en un pabellón, castigar salvajemente a los presos en grupo, desfigurarles el rostro, arrancarles las cejas, llenarles de cardenales e inflamaciones monstruosas, ablandando sus dientes por hinchazón de las encías, mientras afuera, la banda del establecimieto ahoga los gritos de dolor y las injurias humillantes ejecutando el himno nacional.. se determina el método colectivo.

Naturalmente declaraciones asi no soñamos esperarlas de la mentalidad medida, encasillada, y a sueldo de un juez, podemos hacerlas nosotros, que no tenemos miedo. ni estipendios que perder, ni cortes ante quienes genufiexionar.

¿Cuales son los ídolos principales de nuestros tiempos? En algunos países el Rey o el Emperador; en otros no se sabe que rara cosa llamada Voluntad del Pueblo. También el Partido Político, la Religión, la Patria, la Raza. No debemos olvidar la opinión pública con sus mil nombres, del más enfático el Honor, al más trivialmente bajo, el que Cosa Dirán.

Han Ryner.